

con el desprecio propio de los hombres grandes, se atreviesen á publicarlas; pero, ¡ah,! esto no hubiera servido mas que para aumentar las víctimas ilustres del sangriento furor de la mil veces odiada Inquisición . . .

Si, pues, existían almas tan nobles y esforzadas antes que los dominadores fueran expulsados de México, esto no servía, mas que para dar al pueblo nuevos espectáculos de sangre y atemorizar mas al gran número de los espíritus débiles.

¿Qué hacía, pues, el entendimiento humano? ¿Cuales eran sus inestimables frutos? La languidez, el temor, la desesperación sofocada dentro de sí mismo, no le permitían más que permanecer quieto en medio de tan horrible escenas. ¡Miserable y triste situación que debilitando sus robustas fuerzas, le hacían morir consumida y agobiada por la tristeza más profunda!!!

Así pues; ciencias, artes, literatura, civilización, todo se hundía y quedaba la inteligencia tan solo para recordar sus pasadas glorias y atormentarse á sí misma con la contemplación de su ignominia. Era un ser que á fuerza de privarle de su alimento, se consumía por la debilidad, y lejos de presentarse con la lozanía y vigor que su Creador le infundió, se manifestaba, por el contrario, como un espectro salido de las lúgubres soledades de la muerte, para diseminar con su presencia el terror entre los mortales. . .

No debemos, por tanto, buscar en el dilatado espacio de tres siglos que los españoles dominaron á México, algunos adelantos del entendimiento del hombre, pues se le había colocado en una posición en que no podía ménos que retrogradar.

Llegó, sin embargo, una época en que las necesidades nacionales eran más exigentes cada día; ya no era bastante el poder tiránico para sofocarlas; á pesar de esto se pretendió hacerlo: ¡risible jactancia! Las naciones se constituyen en ciertas circunstancias y tocan ciertos límites en que to

do esfuerzo es inútil para evitar su camino hácia la civilización, último destino de las sociedades sobre la tierra: ya las ideas de libertad habían echado profundas raíces en el corazón de los mexicanos, ya querían ser independientes para tener la gloria de rivalizar con las naciones más sabias del globo: el pueblo en masa quiso su emancipación y el tirano no la pudo evitar después de sufrir todos los padecimientos consecuentes á tamaña empresa, vieron con placer que la libertad ponía su asiento en aquel suelo privilegiado por la naturaleza y talado por la mano del español.

Cambiada con tan feliz suceso la faz de México, todo era alegría, todo júbilo, y sus hijos se entregaban con tanto mayor placer á gozar de su nuevo estado, cuanto que nunca antes lo habían conocido; esta variación radical hecha en el sistema político de gobierno, se extendió también á la literatura, porque salido el hombre del entorpecimiento de sus facultades ocasionado por la servidumbre, no podía permanecer en el estupor intelectual propio de los esclavos: ávido de conocimientos, se avanzó con ansia hácia el santuario del saber para iniciarse allí en sus más recónditos y secretos misterios. Entonces, gran número de ingenios esclarecidos y privilegiados por la naturaleza, comenzaron á levantar el grande edificio de la literatura: poetas, oradores, jurisconsultos, políticos, todos contribuían con su parte á su formación; un día de ventura había rayado en el horizonte mexicano, y la nación toda se complacía al considerar los ópimos frutos que en las generaciones sucesivas debía producir; se lisonjeaba de que algún día la joven America arrancararía á la vieja europa de sus trémulas y desgarradas manos, los ornatos de la civilización con los cuales se había engalanado, y se enorgullecía de poseerlos desde muchos siglos atrás; y creía que los despojos de la antigua cultura ornarían su frente, circundada ya por los progresos de la nueva. Estas eran en aquel tiem-

po las esperanzas doradas de los mexicanos, estas las dulces ilusiones que alimentaban en sus pechos, con tanto mayor placer, cuanto que conocían que á ellos solos que pelearon con el tirano, se debía primeramente la venturosa época que había de seguir.

En una palabra; veían entonces que la tempestad había pasado y al terror que el rayo infunde en los hombres cuando se precipita de lo alto de los cielos, había sucedido la dulce calma, muy más dulce, después de haber sentido las angustias del temor.

Pero esta época de inefables delicias pasó rápidamente: la bandera de la discordia tremoló por primera vez en México, y el ronco sonido del cañón fratricida se dejó oír también; la tranquilidad de las ciencias fué interrumpida y los que se dedicaban á su estudio, viendo las ciudades y los campos sembrados horriblemente de cadáveres, no pudieron ménos que abandonar, poseídos del terror, el asiento que ocupaban en el santuario científico, ya para salvar sus propias vidas amenazadas por el furor de los subleados, ya para huír de aquellas escenas bárbaras de sangre, incompatibles con sus sentimientos generosos y nobles. El gobierno, estando en la difícil posición que la guerra civil ocasiona, no cuidaba mas que de su defensa, y dejaba á los literatos abandonados, sin prestarles los auxilios necesarios para su progreso. Ved aquí, Señores, como la rebelión ha sido en los tiempos en que hemos gozado de independencia, la principal causa que ha impedido á los hombres de la ciencia, tomar aquel vuelo que se debía esperar de la fortaleza inagotable de su ánimo; sin embargo, no han permanecido estacionarios, ni mucho ménos han retrogradado: sus adelantos han sido en verdad pequeños, pero son también reales y positivos; los elementos indispensables para ellos se han aumentado: la libertad ya concedida al ciudadano, la extinción de mil obstáculos consecuentes á ella, la importación de libros extranjeros, el trato y versación

con hombres de países más adelantados que el nuestro en la carrera de la civilización, todas estas cosas eran unas fuentes inagotables en donde el entendimiento humano podía beber las preciosas fuentes del saber.

En el estado naciente de nuestra literatura nacional, á pesar de los obstáculos que le impedían desarrollarse, aparecieron algunos genios, que por su vasta capacidad atraerón hácia sí las miradas de sus compatriotas; entonces se levantó un Calderón entre los poetas, al que las musas concedieron todos sus tesoros: un Maldonado que cifraba su gloria en hacer la felicidad de México, y otros que manifestaron una inteligencia, que cultivada con esmero, hubiera podido, sin duda alguna, igualarse con la de los hombres célebres de la ciencia.

Los restos que de esta literatura nacional nos han llegado, atravezando los tiempos de guerras fratricidas, son los monumentos que se han levantado atestiguando la incalculable capacidad de los ingenios que los fundaron, en medio de las sangrientas escenas que han afligido á México, y que abundan en nuestra historia.

Estos modelos han sido los que primero guiaron á nuestros contemporáneos al templo de las ciencias: estos son también los que nos han mostrado allá en lontananza las bellezas de la literatura: estos son los que nos han hecho conocer la inefable felicidad de los que con trabajo asiduo se dedican á su estudio; pero estos mismos que pudiéramos llamar los fundadores de la literatura mexicana, así como también los que los han seguido, han carecido de todo apoyo y se han encaminado á la inmortalidad animados únicamente por el deseo de adquirir conocimientos y no por alguna otra causa exterior.

Hemos ya recorrido los tiempos de nuestros abuelos y no encontramos en ellos mas que ignorancia, superstición, barbarie; hemos alcanzado la triste convicción de que en su época se desconocían los elementos civilizados; hemos

hallado, solamente después de haber sido rotas las cadenas del tirano, á algunos mexicanos que se levantaron en el horizonte literario. Nada nos queda, pues, de esta época para imitar, más que esos hombres modelos que con esfuerzos heróicos, llegaron al lugar que ahora ocupan, pero que no serán seguidos en sus mismas circunstancias mas que por hombres de su mismo superior temple.

Echemos ahora, una mirada en torno nuestro: examinemos con atención las circunstancias que nos rodean; veamos si nos son favorables ó adversas. ¿Tenemos alguna protección que el gobierno dispense á la juventud estudiosa, protección indispensable para el progreso? No. ¿Existen los establecimientos de enseñanza necesarios, teniendo todas las cátedras que son de primera necesidad para que los jóvenes adelanten? No. ¿Hay bibliotecas públicas en donde cada uno en particular, emprendiendo grandes trabajos, pueda hacer un estudio profundo de aquella ciencia ó arte que prefiera á las otras? Tampoco. ¡Pero qué digo bibliotecas! ¿Hay en Guadalajara los libros que un literato pueda desear, aun en venta pública? ¡Tampoco! Triste, tristísimo es considerar que cuando una alma llena de vigor y de vida, busca ansiosa el alimento para satisfacer sus necesidades, solo halle la horrible nada, y que queriendo encontrar hombres que con su ejemplo la animen, venga á descubrir en ellos la frialdad de la inercia, que no puede menos que entibiar el entusiasmo.

¿Como, pues, rodeados de tan tristes y aflictivas circunstancias, habéis emprendido tan difícil carrera? ¿Como habéis intentado, privados de todo auxilio, llegar al templo de la gloria? ¿Como habéis tenido la laudable audacia de levantar solos vuestro vuelo, para ir á posar á las regiones de la inmortalidad? ¿Como? ¡Ah! ya lo concibo, pues yo mismo lo he visto: sintiendo vuestras almas nobles inflamadas por el deseo de merecer un asiento entre los literatos, emprendísteis al momento la marcha que ahora por

segunda vez continuáis: no tuvisteis en consideración los peligros que os aguardaban, careciendo de un faro á donde dirigir vuestros inciertos pasos en medio de la oscura noche que os rodeaba; no os arredrásteis al ver la dificultad de conseguir lo que deseábais; no, por el contrario, os revestísteis de mayor valor para vencer estos obstáculos: en una palabra, animados por la intrepidez que engendra en una alma grande la idea de alcanzar un triunfo dificultoso por la falta de auxilios necesarios, os lanzásteis á tan atrevida empresa.

¡Hermosa Guadalajara, hermosa patria mía, tú has presenciado ya los esfuerzos que estos ilustres jóvenes han hecho por corresponder á los beneficios que la naturaleza les concedió, dándoles un talento capaz de hacerte un lugar entre las ciudades civilizadas por la benéfica influencia que el génio ejerce en la sociedad; tú has visto como se ha formado esta pequeña reunión de jóvenes para ayudarse mutuamente, ya que no tienen más protección que la que entre sí se proporcionen; tú, en fin, has sido testigo de mis ardientes deseos de participar de los adelantos de mis compañeros, á pesar de reconocer mi inferioridad!

Después de haber vuelto los ojos hácia los tiempos pasados, para examinar los conocimientos literarios que se nos han legado; después de haber visto que aquella época desgraciada no permitió á los que en ella vivían, ni aun divisar á lo léjos la cúpula del edificio de la literatura; después de haber dirigido la vista hácia nuestras azarosas circunstancias; después, en fin, de abrigar la triste persuasión de que carecemos de lo necesario é indispensable para progresar, ¿como puede mi corazón permanecer insensible al ver que los jóvenes, mis contemporáneos, se agitan, se conmueven, en medio de la inercia que les rodea? ¿Como no ha de celebrar, con las demostraciones del júbilo mas intenso, aquel movimiento producido, tan solo, por la persuasión de la necesidad del cultivo intelectual, movi-

miento que comunicará su vigor á la pesada inacción de nuestros compatriotas? ¿Y cuanto mayor será este regocijo, cuando abrigo la dulce satisfacción de que mis discípulos, mis amigos, son de los que impávidos se han avanzado entre la multitud, para manifestarle gustosos, después de algún tiempo, los adelantos hechos á fuerza de padecimientos, de afares y fatigas? Ah, ¡sería preciso que el brazo armado del Omnipotente le hubiera privado de todo sentimiento, dejándole envuelto en la más horrible estupidez, para manifestarse indiferente á la vista de tan halagüeña perspectiva.

Pero todos estos obstáculos referidos, no han entorpecido vuestra marcha: los progresos que hicisteis en el corto tiempo de seis meses lo demuestran evidentemente: ellos además, os han hecho ver lo realizable de vuestras esperanzas, y al dejarse percibir por vosotros, os han llenado de admiración y de contento, pues no esperábais en tan breve tiempo, haber avanzado tanto hácia el fin propuesto; y por último, os habéis persuadido de que si su consecución es difícil, vuestras fuerzas son bastantes para vencer todas las dificultades que se os presenten. Yo, Señores, os doy por tan laudable conducta los más sinceros parabienes, y así como vosotros os llenáis de un noble orgullo volviendo los ojos hácia atrás, y viendo el largo espacio caminado lleno de malezas, holladas por vuestra planta, así yo también siento á mi alma rebosar de placer al considerar que ocupo un lugar entre tan esforzados jóvenes, para participar tan solo, de sus adelantos.

Yo también, Señores, llevo mis pensamientos más allá del honor que os hacéis con vuestros trabajos, del indecible fruto que estos os producirán, y vuestros progresos los considero en sus relaciones con la nación á que pertenecéis. ¡Qué ilusiones encantadoras ocupan entonces mi corazón! ¡Qué bello porvenir! ¡Qué época feliz la que á esta sucederá! Yo veo que unos jóvenes recomendables, no

perdonándose trabajo alguno, se dedican ahora con ardor al estudio importante de las ciencias, y miro allá á lo lejos, que un día, ellos tal vez, ocuparán los puestos más distinguidos de nuestro país; que teniendo en sus manos el timón del gobierno, no procurarán mas que llevar á México á la felicidad, de donde por tanto tiempo la han separado las ambiciosas manos de algunos de sus hijos. ¡Sí, sociedad mexicana, alégrate porque entre los escombros de las ciudades que la bala arrasadora del cañón nacional y extranjero ha dejado, de enmedio de ese desmayo que te consume y de esa debilidad precursora de la muerte, se hayan levantado algunos jóvenes, cuyas almas fogosas estando llenas de una grande actividad, señal segura de la vida, parecen haber sido creados por el Eterno para servir de instrumentos en la grande obra de la reparación de nuestra sociedad semi destruida; y tú Guadalajara, regójate también, pues que en tu seno alimentas los jóvenes que algún día te harán feliz!

En este día destinado para comenzar de nuevo nuestras gratas tareas, he visto gustoso que vuestro deseo por saber, ese empeño, esa sed que tenéis de adornar vuestras almas de conocimientos útiles y bellos lejos de disminuirse, lejos de perecer víctima de la languidez y debilidad propias de un espíritu apático, por el contrario, se aumenta, cada día recibe nuevos incrementos, y sostenida por el vigor de un genio fuerte y esforzado, no se debilita al contemplar los padecimientos que aun le resta que sufrir.

Cuando, adelantándome un poco al presente, avanzo hácia el porvenir y penetro en sinuosas y oscuras profundidades, en medio de la incertidumbre que acompaña á las cosas futuras, yo veo, apoyado en el deseo, que tenéis de adelantar, que tocáis con las encumbradas regiones del saber, que una corona de gloria ciñe vuestra frente, y que os sentáis al lado de los hombres célebres de la literatura; sí, yo confío en vuestra energía y descanso en firme fundamen-

to de vuestro ahinco por saber, para presagiaros tan grande ventura. ¿No lo esperáis también vosotros? ¿No descubris allá á lo lejos los resplandores de la gloria que os pertenecerá? ¡jóvenes de la *Sociedad de la Literatura*, vuestra alma es grande y espera mucho! . . . ¡ella fija sus ojos allá en el alto objeto propuesto y desprecia las miserables redes que se pongan para impedir su vuelo . . . ! su corazón está lleno de vigor y de esperanza, y no se parará hasta llegar á su fin; sí: no temo el asegurarlo, los trabajos que encontréis no os detendrán ¿pues, no habéis ya vencido otros mayores? Sí, es insaciable, ellos se han estrellado y reducido á la nada, al pié de nuestros corazones defendidos por la esperanza, tanto más firme, cuanto que la experiencia os ha mostrado que deseáis no estar fuera del alcance del poder del hombre.

Ya he concluido, Señores; nada me queda que deciros: después de haber conocido que nuestros pasados tiempos aciagos nada nos dejaron, que la presente época ningún amparo nos proporciona para conseguir nuestro objeto, después de haberos manifestado la alegría que siente mi pecho al considerar los progresos que habéis hecho luchando contra las dificultades que presenta vuestra posición, después de oído las sinceras felicitaciones que os he dado por ellos; después de manifestado el placer que me causa ver la nueva apertura de las sesiones de esta *Sociedad*, la serenidad que mostráis al examinar los padecimientos futuros, ¿qué otra cosa pudiera deciros? ¿Acaso sería de mi deber estimularos para que no abandonáseis la obra comenzada? Pero tal indicación, ofendería vuestros sentimientos, ¿pues no conozco yo, que nada ansiáis tanto, como la conservación de esta *Sociedad*, fuente inagotable de progresos? Sí: demasiado se deja ver, cuando despreciáis los peligros, holláis los obstáculos, salváis los tropiezos, sufrís las privaciones, y en una palabra, cuando lucháis con vuestra época para llegar al fin. Nada pues, me resta que hacer, mas

que abandonarme á las dulces sensaciones de mi alma, y dejarme llevar de ellas á las encantadoras regiones imaginarias, para perderme allí en un oceano de delicias.

EXAMEN SOBRE LOS BIENES
QUE SON MATERIA DEL RETRACTO GENTILICIO.

¿Cuáles son los bienes sobre que recae el retracto gentilicio? ¿Lo son únicamente los raíces, ó también los muebles? He aquí la cuestión que debo examinar y que es objeto de mi presente disertación.

No juzgo necesario, ni oportuno, exponer en ella toda la doctrina de retracto, acaso si así lo hiciera, no alcanzaría mas que el estado de los que me escuchan, estado que pronto causaría el oír repetir las doctrinas que se encuentran en los tratados del Derecho; por este motivo, y por estar fuera de mi obligación tocar todos los puntos de retracto, solo me limitaré á la cuestión que me ha sido encomendada, no separándome de ella, sino cuando la necesidad de demostrar mi proposición, me obligue á hablar de alguna otra materia.

Para saber si son objeto del retracto gentilicio los bienes raíces tan solo, ó si lo son igualmente los muebles, basta saber hasta donde se extiende el beneficio que la ley concede á las partes, ó lo que es lo mismo, saber que límite tiene el derecho que aquella da á estos para retractar. Planchada así la cuestión, no nos queda para resolverla mas trabajo que examinar las leyes que arreglan este punto, y fallar conforme á su disposición. Las leyes 1.^a y 2.^a del título 13, libro 10 de la Novísima Recopilación.